

DIEGO URDIALES EN EL CENTRO DE LA AMISTAD Y DE LA TORERÍA ANTIGUA

José Campos Cañizares
Universidad Wenzao

RESUMEN

En la historia de la literatura española existen grandes obras de origen taurino, sobre todo en el terreno de la novela. Algunas de ellas han alcanzado enorme valor estilístico y social. Aun así, no se han situado en el lugar de honor que les correspondería. Pensemos, por ejemplo, en la excelente novela de Manuel Chaves Nogales, *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas* (1935), o en la muy sugerente, *La fábula de Domingo Ortega* de Antonio Díaz-Cañabate (1950). Son sólo dos títulos elegidos, entre otros muchos, de un género que gozó en tiempos pasados del favor del público y del interés de los escritores al plantearse el hecho artístico.

En la actualidad dada la evolución de la literatura y de la propia tauromaquia, se entiende que es una temática que está quedando relegada en el gusto de los lectores y en el de los creadores. Posiblemente por ser un área, la de los toros, que suscita la polémica política, por no decir ideológica, y que necesita, por lo tanto, de un valor añadido, en audacia, por parte del creador que pretenda en profundidad mostrar a la sociedad los caminos trazados por un asunto tan hispánico como el representado por el arte de los toros. *Los amigos* de Ángel María Fernández (2020) supone una notable y novedosa aportación novelística. La historia se centra en la figura del matador de toros riojano Diego Urdiales.

Para escribir una novela taurina como *Los amigos* (2020) iniciado el siglo XXI, hay que poseer mucha fé, con tilde, como en los tiempos antiguos, al modo en el que toda la vida se ha entendido la fé. Ángel María Fernández, nacido en 1973, en Arnedo (La Rioja), ha escrito con fé un relato emocional sobre la tauromaquia y en él advierte, con plena seguridad, sobre la valía artística de uno de los pocos toreros que sostienen hoy el mundo de los toros en toda su grandeza. Nos referimos a Diego Urdiales. Una obra, *Los amigos*, escrita en unos tiempos, los actuales, empeñados, por causa de algunos de sus hombres, en acabar con la corrida de toros, un rito ancestral. Un rito que se basa en la autenticidad, en la relación creada entre el hombre y el toro, en el medio geográfico de la Península Ibérica. Un juego y un símbolo que remiten a la lucha de lo humano, a lo largo del tiempo, para distinguirse de la animalidad, para sobrevivir y existir tanto el hombre como el toro, en un enfrentamiento ritual, con religiosidad.

Aparte de las preocupaciones principales apuntadas, existentes en *Los amigos*, en la lectura nos encontramos con diversidad de temas que convierten a la novela en un caleidoscopio de los intereses vitales del autor. En torno al amor, la relación personal con su novia *Aldonza*; con presencia de sexo, aquí el escritor remeda un guiño a Bukowski, en su órbita; una historia regada de alcohol, con un trago que es terapéutico; todo queda ensamblado alrededor de la fidelidad, o la lealtad a los principios de toda amistad, una afinidad (en la historia que se nos cuenta) representada en el amor de unos hombres, de unos aficionados, hacia la tauromaquia de Diego Urdiales (*Los amigos*, «un grupo férreo de amigos»¹. Recordemos la importancia de formar parte de «un puñado pequeñito de incondicionales», como escribió Jorge Laverón en su *La tauromaquia de Antoñete*). Urdiales, un torero que nos interesa

[1] Todas las citas y términos tomados del libro *Los amigos* irán entre comillas y sin anotación del número de la página, para evitar un exceso de notas.

y que Ángel María Fernández nos va descubriendo según avanza el discurrir de lo que nos narra. Diego Urdiales, un hombre que, según el autor, y nos parece un retrato certero, «es todo (o casi todo) persona». Por su trato exquisito que da a todos los que le rodean y por el amor a un oficio, basado en el sacrificio de toros, porque sacrifica (una creencia de Fernández sobre la labor de Urdiales que nos retrotrae a lo que pensaba Antonio Ordóñez, con enlace a lo Hemingway²), y en su lidia, que cumple el torero riojano con la puntualidad de quien ama lo más profundo, con «paciencia y fe».

Si los temas son variados, la trama también lo es. De esta manera apuntala Fernández su primera novela, que nace como una proyecto de contar una temporada completa del torero de Arnedo (nacido en 1975), y que va a ser, a la que asistimos como lectores, la de 2016³. Una temporada en la línea de la trayectoria de Urdiales, sin grandes éxitos, pero mantenida con una impronta ética (según el autor del relato, que yo asumo como lector) y trazada con «una estampa de torería antigua, sin igual». Las tramas que se incorporan a la lectura, para que esta nos interese, se convierten en los instrumentos que sustentan la narración y que le dan suspense, que la sostienen y, de paso, la aclimatan para que el contenido taurino se incorpore y se independice sin soslayo de que la temática taurina quede al margen de la vida y de la realidad. Aquí encontramos uno de los atractivos de la novela, pues su autor es un hombre de su tiempo, con conocimientos de literatura clásica (es filólogo) pero con gustos contemporáneos, sobre todo en el mundo

[2] Ernest Hemingway, un escritor y un aficionado en la mente de Ángel María Fernández, en *Los amigos*. Algunas concomitancias mías existentes con la novela de Fernández se citan como referencia en la bibliografía final de este artículo.

[3] En nota 13 damos la relación de los festejos que Fernández cita (comenta) de esta temporada de Diego Urdiales (2016).

musical, pues nos recrea el ambiente rockero y punkiano del que bebe creativamente y que le fascina⁴.

Ánjel María Fernández es un hombre de esta época y así nos lo manifiesta, y cómo no, en el uso del lenguaje. Un lenguaje sencillo, directo, práctico, aunque adobado en la escuela de quien ha leído y se siente poeta (esta es su verdadera vocación, según él se sincera). La novela se lee con facilidad y a velocidad de crucero, a pesar de las disertaciones que contiene, pues al autor le preocupa mucho convencer, ser didáctico, mostrar que ese veneno taurino que él siente es algo connatural a la vida, pues observa que la generación a la que él pertenece lo desconoce y lo rechaza, por ignorancia y por influencia del fenómeno global que padecemos, llamado animalismo. Hay un querer explicar la tauromaquia, y que sea entendida, que está presente en todo momento en la novela. Para ello, Fernández emplea muchos espacios narrativos de la obra. Un hecho que indica que la lejanía hacia la tauromaquia le parece algo definitorio de estos momentos, tan racionalizados y tan ajenos al quid auténtico de la vida. En definitiva, a que no se quiera ver que el hombre es otro animal (otra bestia) que se eleva con respeto sobre las especies animales, dando ejemplo de esta condición mediante su relación con el toro, en un ejercicio civilizado, para sostenimiento del ecosistema que persigue la tauromaquia. Entendemos a través de la lectura del libro que el antitaurinismo presiona a todos, pero sobre todo a los aficionados a los toros que han nacido después de 1970, como a Ánjel María Fernández, pues se sienten acosados e incomprendidos.

Así, en diversidad de pasajes, el aficionado (Fernández) se quiere expresar para sacar a la luz su verdad y la de sus *amigos*, la verdad de todos los aficionados a los toros:

[4] Lógicamente no comentaremos todas las tramas, sólo aquellas más firmemente relacionadas con la temática taurina.

En lo poco que uno va comprendiendo o cree comprender de esta liturgia taurina, le fascina a uno la idea de entender que todo lo que ocurre desde que el bóvido pisa la arena de la plaza hasta su sacrificio final no es sino una preparación para la muerte. ¿Cómo sacrificar a un toro? ¿Cabe otro modo de hacerlo que aplacando su divina, providencial presencia hasta un punto en el que el bravo hombre, cara a cara, de poder a poder, sin más ventaja que una muleta y una espada, lo extinga? Preparar para la muerte al animal preparándonos para la muerte futura nuestra⁵. [En un paso más, piensa Fernández que en realidad] El toreo y el torero burlan la muerte (y) celebran que todos, todos nosotros, minúsculos *sapiens*, a punto de tragedia a cada rato, estamos vivos un lance más, una tarde más, un oscuro igualito día más.

Si queremos reflexionar sobre entramados antropológicos taurinos, *Los amigos* es una novela más que interesante. No es un tratado, sino lo que un aficionado, digamos joven (aunque se encuentre en la cuarentena), piensa de los toros, ayudado de lecturas versadas: Ángel Álvarez de Miranda, Marqués de Piedras Albas o José María Royo⁶, aunque falten autores, como Julian Pitt-Rivers, Alfonso Fernández Tresguerres y otros, mas no pretendemos hacer un examen de los conocimientos que tiene el autor sobre el tema, y más cuando nos enfrentamos a una novela, que incluso se puede denominar de acción (de actividad taurina). Refiero lo anterior porque el autor parece mostrarse muy aficionado, pero friqui en algunos aspectos (en ese *friquismo* estaría su relación con lo joven), ya que reconoce no ir demasiado a los toros, solo cuando le interesa mucho la corrida o torea Diego Urdiales, y en este último caso abandona el recinto taurino cuando su torero

[5] Recordemos lo que pensaba José Ortega y Gasset: «torear (es) la danza ante la muerte, se entiende, ante la propia».

[6] Son escritores que le sirven a Fernández para comprender la evolución de la tauromaquia, desde los avances históricos y los técnicos.

acaba con su segundo enemigo. Ante ese absentismo de las plazas de toros podríamos alegar que Fernández no presume de ser un entendido absoluto del mundo taurino, no obstante demostrar que sabe de toros, y de su técnica, algo que queda patente al narrar y al valorar los hechos taurinos aludidos en la historia que nos cuenta.

Por fortuna el autor no muestra sus ideas políticas, aunque perfectamente puede ser un hombre de la izquierda racional de siempre, y elude, en general, tan cansino argumento de la política, de los ideales y los toros. Si bien porque le parece de justicia echa un rapapolvo a aquellos que se identifican con la izquierda ideológica y su consabido antitaurinismo y que van dando lecciones, por aquello de: «Los malos de derechas y los buenos de izquierdas. (Pues parece ser que) para recibir el carné de bueno se ha de ser de izquierdas y no ir a los toros». Una izquierda, según Ánjel M^a Fernández, que no quiere reivindicar la raíz popular del toreo y su fórmula de ascensión social, por la participación en ellos del pueblo, porque en definitiva, nos dice:

El toreo es uno de los pocos mundos (también el flamenco) en el que es posible exceder el modelo (social) e incluso invertirlo, pues un pobre y hasta un analfabeto pueden triunfar. Las izquierdas oficiales y sus encarnaciones habrían de repensar el caso.

Pero, ante este problema, al dictar las izquierdas quién es bueno y quién es malo, desde esa supuesta superioridad moral, resuelven negativamente el juicio ante lo taurino. Unas izquierdas, para Fernández, plagadas de hipocresía (y desconocimiento) y tomadas (militadas) por quienes lo son por la conveniencia de serlo: «Ah, que las encarnaciones de izquierdas oficiales en España también las conforman los hijos de, la gente bien, los señoritos...Entonces, nada». Unas izquierdas conectadas con el animalismo. Un animalismo que no entiende que «el hombre es el único animal capaz de matar para subsistir física e intelectual-

mente». No acaba ahí su interpretación, pues al estar en la seguridad de que el origen de la tauromaquia se encuentra en el fenómeno de la caza, nos explica y quiere hacer comprender a los que denigran la fiesta de los toros una tesis sujeta a principios *comunitarios*, no siempre confirmados por todos los estudiosos del fenómeno antropológico táurico:

[El toro] muere para ser comido y también muere para que nosotros no nos comamos a nosotros mismos. Subsiste el hombre por el alimento animal (o vegetal) que ingiere, y también subsiste y se mejora con el alimento intelectual. Rito y apetito. En el acto único sacia el hombre varias hambres.

En ningún momento en *Los amigos* se abandona echar mano de un discurso para hacer comprensible la fiesta de los toros. La tarea de pretender cultivar a los que aborrecen los toros (*animalistas*, para Fernández) es continua, es un argumento principal del relato, que se entrelaza y se confunde con la afición del propio autor, una afición romántica, que sufre el ataque de aquellos que dictaminan, desde el *buenismo*, y que piensan que «quien asiste a los festejos (es un) cruel asesino». Son jueces fraudulentos que no tienen en cuenta a la persona, a su bagaje, a ningún periplo humano e intelectual. Ni siquiera atienden a los mismos intereses de los animales, porque no tienen presente «la relación (del hombre) con el resto de animales (es decir) la totalidad de nuestras relaciones con ellos en conjunto, como sociedad». Tampoco la forma de existir de una civilización que necesita sobrevivir, que es animal en sí misma, que evolucionó desde la captura y el apresamiento de piezas hacia la caza; y de ahí, el conducirse al sacrificio, al rito y, por último, al ritual, como una elaboración cultural indispensable (consuetudinaria), como referencia metafórica que se hunde en lo mítico y en la magia.

A pesar de esta constante del acoso animalista (porque los aficionados activos de ahora tienen que sufrirla) y el pretender explicarla, por parte del escritor, como un fenómeno antinatural, en el relato de *Los amigos* lo que impera, y sin duda justifica su existencia, es la vivencia del mundo del toreo. Aquí, Fernández nos ofrece la visión de un aficionado de comienzos del siglo XXI, exigente, serio, con gustos del momento (José Tomás), del pasado más cercano (Manolete), y de un tiempo no demasiado remoto (Paco Camino). No debemos entrar en valoraciones, son sus preferencias, perfectamente comprensibles.

1. LA TAUROMAQUIA Y SU QUERENCIA CON DIEGO URDIALES

La idea del toreo que nos expone Fernández para ilustrar la tauromaquia de Diego Urdiales⁷, parte de querer adentrarse en los diferentes tipos de toreros posibles, algo que muestra con su lenguaje suelto: «Según mi concepción maniquea del oficio existen artistas y *hartistas*, bailaoras y *bailahoras*, toreros de Pisa y toreros de Eiffel». A continuación, pasa a definir cada uno de esos conceptos, muy suyos, y que ligan con el toreo de Urdiales. Ofrecemos la cita completa de cómo entrevisté esas voces el escritor según su punto de vista de aficionado:

El *hartista*, muy resumido, es el torero que hace de nuevo, *again*, todo lo que estamos hartos de ver, una vez y otra, siempre lo mismo; el artista, por el contrario, parece siempre nuevo por más que su concepto sea viejo, *old school*. El torero artista inaugura. El torero *bailahoras* puede estar minutos, horas, días, años dando mulletazos siempre

[7] A la hora de adentrarse en la faceta humana y artística de un torero, siempre pienso como modelo en la novela de Antonio Díaz-Cañabate, *La fábula de Domingo Ortega*. No tanto (me refiero al acercamiento al personaje) a la obra de Manuel Chaves Nogales, *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*. Ambas extraordinarias.

iguales, siempre el mismo: el toro viene y va, va y viene, sin ajustarse a los cánones del viejo «parar, templar, mandar». El torero bailaor, sin embargo, se ajusta a los cánones, danza según estos, reunido con el toro, formando dúo, pareja de baile en función de un lema: ritmo y compás. Por último, el torero Eiffel es el torero vertical, recto, erguido frente a la, a mi gusto y a mi juicio, antiestética e inclinada y habitual torería de Pisa.

Todo lo expuesto queda rematado y explicado con la frase que cierra tal soliloquio: «Urdiales es torero Eiffel, bailaor y artista». En ello percibo una meditación sobre la tauromaquia y su consistencia, con cierto aroma, en primer término, orteguiano («el diestro es la vertical»); después se observa un segundo pilar cuando nos habla del fuste fundamental de «parar, templar, mandar» (con la ausencia esencial de *cargar la suerte*⁸, concepto que puede ir implícito en el pensamiento íntimo del novelista sobre el toreo). Y en tercer lugar encuentro el adorno de la estética, cuando nos argumenta cómo el torero abre caminos e «inaugura» novedades; una *invención* —preciso yo— que no se consigue si no hay dominio del toro, para que parezca —según él— «siempre nuevo» lo que hace el matador. Para Fernández, también el toreo lo conforman, a la par, el ritmo y el compás —como hemos leído—, y *el duende* (referencia lorquiana) y el pellizco —como dirá después—, señales muy del sur, y que entrevé en Diego Urdiales, especialmente la última de ellas, que «es más difícil de captar porque no es un pellizco intramuscular o de la piel, sino un hormigueo muy interior, de los huesos, un pellizco óseo; distinto al muscular o epidérmico, un pellizco de esqueleto». Ya tenemos un primer acercamiento sólido a la tauromaquia de Urdiales.

Si ahondamos más en cómo se va desentrañando la forma de torear del torero de Arnedo, nos encontramos con que al ser un «torero

[8] Una comprensión cabal, apegada a las condiciones del toro y a su necesario dominio técnico, se encuentra en el clásico texto de Domingo Ortega, *El arte de los toros*.

artista», a pesar de su apego a lo «clásico», sería un torero de su tiempo histórico; por lo tanto, «Diego es un torero moderno, muy moderno». Nos explica Fernández que «su técnica está siempre al servicio de su arte», es decir, en él se conjuntan de modo contemporáneo lo clásico y lo moderno. A su vez, aunque no es un torero de los denominados valientes, se sitúa «su técnica (también) al servicio del valor (y) al servicio de su arte». Por lo cual, Urdiales es un torero completo, «lo reúne todo en uno, sin que se vea, se aprecie, se sepa». Ahí radica su verdadera valía, en su «naturalidad, sin exageraciones, sin imposturas». De nuevo debemos dejarnos guiar por lo que el escritor de *Los amigos* matiza en torno al toreo del protagonista del libro, en relación con la valentía y la faceta artística (algo adoptado por los aficionados contemporáneos):

La técnica de Urdiales esconde las dificultades de los toros, aparentemente aplaca la peligrosidad de la res en aras de su arte; mientras, el torero valiente exhibe y solo exhibe con su técnica el peligro del toro, y lo multiplica en apariencia. Pero en realidad es quien torea despacio y ceñido, abandonándose, es el artista quien multiplica el peligro y aumenta las posibilidades de una cornada.

Para Fernández, la verticalidad de Urdiales es uno de sus inherentes puntales taurómacos («torero Eiffel»). También su asentamiento de pies, según dejó establecido el primer gran matador de toros, el mítico Pedro Romero, y dejó escrito Nicolás Fernández de Moratín: «El que quiera ser lidiador ha de pensar que de cintura abajo carece de movimientos». Este elemento de la quietud ya estaba en los cánones taurinos desde muy atrás, y será la faceta artística la que evolucione, y se distinga en Urdiales, como representante del toreo ya del siglo XXI. A lo anterior se le une otro componente. Aquello de torear «cuando no se torea». El «caminar» ante los toros. Algo en lo que el maestro Domingo

Ortega fue consumado artífice y que Fernández descubre en Urdiales. Reproducamos todo el párrafo en el que se desarrolla tal asunto:

También se torea cuando no se torea. Tras el capotazo, el muletazo, tras el par de banderillas... Caminar también es torear. Incluso en la más absoluta inmovilidad se erige la gracia de un torero. En esa quietud y en cada movimiento fuera del lance, un matador hegemoniza su estilo. Así pues, nos conquista un diestro cuando nos gustan hasta los andares.

La tauromaquia de Urdiales sería la «tauromaquia sin trampa», su «radical ortodoxia». Aún más: «su naturalidad, antónimo de trampa, de mentira, de impostura, de vano adorno. Lo elemental en Urdiales es la naturalidad, o sea, la verdad». Fernández rechaza aquello que se le atribuye por encima de todos los conceptos y calificativos: la pureza. Es un término que no le gusta, que no le va a la vida ni al toreo. En el estilo del torero riojano ve, en cambio, como escribió en 2015 Amanda Iza sobre una de sus actuaciones en México: «trascendencia (que es) razón oculta de la tauromaquia (y) cadencia (o) sentimiento profundo que el matador (de Arnedo) tiene ante la vida». Es decir, una serie de agudezas que surgen de la ritualidad del toreo y que el autor siente y contempla en Urdiales: «Solemnidad, trascendencia, revelación»; por medio de su conformación humana y técnica: «verticalidad, *naturalidad*, clasicismo, rigor, (y) *ortodoxia*, (más) la honestidad, la sencillez y la *verdad*».

2. EL TOREO SEGÚN URDIALES

El mismo Diego Urdiales transmite *lo que entiende como toreo* a Ángel María Fernández, en conversaciones que estaban grabadas años antes (2008 y 2009) y que se citan en *Los amigos*. En ellas repasa su propia trayectoria, que comienza —trasladamos lo que va explicándole

Urdiales— «un 19 de marzo de 1988 (cuando) toreó en público su primera becerra. Compartió cartel esa tarde en un festival en las fiestas de San José, en Arnedo, con Antonio León⁹, el As de Espadas, y los hermanos José Antonio y Tomás Campuzano. En octubre de ese mismo 1988 debutó de luces, es decir, sin ropajes camperos, o sea, con un verdadero traje de torear. Tenía trece años». A partir de ahí aparecen muchos personajes fundamentales en la vida de Urdiales; el primero «verdaderamente importante en su afición» fue su hermano Juanjo Urdiales¹⁰, «dos años menor que él (que) se erigió en su primer modelo torero, la primera persona a la que vio ‘torear’». Diego le considera un «aficionado extraordinario», con la virtud de que sabe embestir «como nadie. Tiene un conocimiento increíble del toro y del toreo», pues lo hace según cada encaste. Todavía hoy su hermano es el soporte de su entrenamiento diario para poder torear, algo que defiende: “El toreo de salón es difícilísimo. Es base fundamental para ser un buen torero. Lo que no puedas hacer de salón no puedes hacerlo en la plaza»¹¹.

Dada su trayectoria, Urdiales ha tenido que torear muchos toros de ganaderías duras, caso de Victorinos, ganadería que le ha ayudado

[9] Antonio León fue matador de toros, alma de la Feria de Novilladas del Zapato de Oro de Arnedo, y maestro de Diego Urdiales. Ángel María Fernández escribe de él en *Los amigos*: «Antonio León, As de Espadas, torero arnedano de 1930 sin perfil en Facebook (murió en 2008), servía a los pipiolos taurófilos de entonces (Escuela de Arnedo) como faro al que dirigir la senda del ideal de sus capotazos y de sus vidas. A pesar de haberse retirado en los años setenta, como las escuelas taurinas de Logroño, mantenía el magisterio sostenido por un prestigio procurado en Madrid con su torerísimo y eficaz modo de aplicarse en la suerte suprema, que es como en el cuento rito taurino se denomina al trance de entrar a matar». En el recuerdo de muchos aficionados, el artículo dedicado a Antonio León por Joaquín Vidal en 1987, «La espada de Arnedo».

[10] Otro personaje fundamental en la última trayectoria taurina de Urdiales ha sido Luis Miguel Villalpando, su apoderado en dos etapas y hombre de confianza. Anteriormente, Villalpando había sido novillero y destacado subalterno.

[11] Es una opinión que sostienen muchos toreros, entre ellos, así lo pensaba y lo practicaba, Antonio Chenel «Antoñete».

mucho por los éxitos conseguidos con ellos; pensemos en el toro Molinito, en Logroño, en septiembre de 2007. Urdiales sostiene que se puede ser buen aficionado sin tener que defender exclusivamente los toros de las ganaderías duras. A él, el toro que le gusta, que prefiere —le responde a Fernández en una de esas conversaciones— «es el toro bueno, el toro bravo». Sobre ello precisa: «En todos o casi todos los encastes hay toros que permiten el toreo bueno. Los toreros nos decidimos por los encastes que ofrecen más regularidad y, por lo tanto, más posibilidades de triunfo». Se adentra en el territorio del toro dada su determinante «importancia», para posicionarse a favor del toro que sale por chiqueros en el siglo XXI. Y así lo explica:

Hoy, ahora, el toro es más bravo que nunca. Humilla más, más largo, más tiempo delante de la muleta. Antes, la embestida estaba menos hecha. Necesitaban que el toro se moviera más y humillara menos. No obstante, también te digo que soy de los que cree que el toreo ha tenido un componente artístico antes y después de Belmonte. [El toro bravo, tiene] movilidad. Repetición humillando de mitad de muletazo hacia delante, y largura. Nobleza, pero sabiendo que a la que te descuides, el toro te echará mano.

La tauromaquia de Diego Urdiales parte de la necesidad de enseñar a embestir al toro, esa es su creencia, pues «el toro no sabe embestir». Es una de sus claves:

[El toro] saca el carácter en la plaza, hay que enseñarle el camino por el que tiene que desplazarse. Y cuando un torero se entrega de verdad, el toro bravo también lo hace, te lo va agradeciendo en ese diálogo que se da entre el torero y el animal.

En referencia a otro de los aspectos de la esencialidad taurina y humana de todo matador de toros, Urdiales cree que todo pasa por

«la idea de madurez», de adquirirla. También, el propósito de perseguir «la idea de perfección, la que nunca se alcanza». En esa línea, lo que mejor nos hará comprender a este torero, de apariencia frágil, de enorme afición y de longeva tenacidad es lo que él considera el quid de la cuestión del toreo, «que la técnica, de tan bien aprendida, desaparezca». De esa manera se logrará «llegar adonde uno desea, a esa (la) cota máxima». Es un proceso parecido al asunto del control del miedo: «El miedo está, pero no se tiene que ver. Llegar al máximo delante de un toro es no pasar ni miedo». En esas conversaciones con Fernández, Urdiales, al mismo tiempo que repasa su cartilla taurómaca, habla de cuando por primera vez «sintió que podría ser figura del toreo: el 17 de agosto de 2008 en San Sebastián». Una actuación que el crítico Pablo García Mancha refirió así: «dejó el aroma y el sentimiento de un torero hondo y honesto que traza la tauromaquia con singular pureza, sin truco, sin manidas estrategias». Palabras muy en la línea de lo relatado aquí, pues Urdiales tiene un sello propio, personal e intransferible. Una impronta que surge de su fuerza espiritual, como él mismo reafirma, y que nos aclara su insólita trayectoria:

El interior puede con todo. Si uno está bien, tranquilo, conforme consigo mismo, atraviesa todas las dificultades y las supera.

Avanzada la narración de la novela, Fernández nos recuerda aquello de Juan Belmonte, «se torea como se es», para describirnos que *Los amigos* se unen a su alrededor porque Urdiales les cuida y les mantiene. De la misma forma que en su tauromaquia, con sus seguidores, consigue «torear cariñoso», muy cercano, una característica humana y taurina consustancial a su «torear con naturalidad». Y al igual que se esmera con entrega y caricia en el trato con los partidarios, y en las faenas con los toros, Urdiales mima su oficio, al que dedica todo el tiempo que requiere, sin desfallecer, pues «suele entrenar todos o casi

todos los días de su vida», con el toreo de salón, aludido, y complementado con «el toreo en el campo», que para él es «el ejercicio más completo que existe para un matador». Otros aspectos que nos sirven para entender la delicada y compleja psicología del torero de Arnedo y su atípica trayectoria profesional, pasarían por resaltar que siempre aplica dos términos a la vida y a la tauromaquia, «paciencia y fe». Para que lleguen las ocasiones en la vida y en la lidia, para «que poco a poco cambie la embestida del toro y mejore».

Si entramos en su idea de la lidia del toro y su proceso, todo comienza (le seguimos en su exposición) con la observación del animal para saber el juego que va a dar. Fernández estima que «de inicio, en la salida del toro a la arena, el matador es un zoólogo». Sabe que es un buen augurio, al saltar a la arena, si el toro remata en tablas (en los burladeros), mejor «cuanto más abajo» cornee. Con ello se obtiene «una primera medida de la altura de su embestir» y de cómo puede ser la embestida. Después, con el manejo del capote, el torero intentará *parar la embestida del toro*, aunque realmente la finalidad de ese primer tercio consistirá y será «suficiente con tratar de reducirla y dirigir su camino, pues dirigir su camino es dirigir su embestida». Ahí arranca la creación de «la obra» con un «enseñar» y en un conducir al astado «a caminar más y más adelante». Será el mismo Urdiales quien remate el pensamiento de Fernández, sobre esos primeros instantes de la lidia, introduciéndose en el canon taurino aprendido y en el pensamiento innato de torero estudioso:

Todo lo que se le hace a un toro tiene importancia. Un simple capotazo nunca es un simple capotazo, siempre conlleva matices: puedes exigirles, aliviarlos, darles tiempo y alturas distintas a los animales...

La suerte de picar consiste para Urdiales en ahormar «la violencia del animal». En conseguir medir su bravura y su pujanza. Así lo

explica el matador de Arnedo: «A veces, el puyazo saca la casta dormida del toro. Normalmente, el puyazo ajusta su fuerza, su templanza, su movilidad». Importantes serán «los capotazos con los que se coloca y prepara al animal (en la suerte de banderillas), pues ajustan asperezas y otorgan largura de trazo en la embestida. Son primordiales los tiempos entre par y par». Si no se hace bien la suerte, los toros pueden sacar a relucir defectos por «pegar muchos cabezazos». Es un tercio el de banderillas sobre el que Urdiales (y esto es una sorpresa leerlo) tiene sus dudas, pues entiende que, en general, es posible que «las banderillas no aporten demasiado». En el tramo final del tercio de muleta, para exponer el toreo de Urdiales, Fernández remite a lo que le dice el matador de lo realizado en «su faena al primer toro de su lote, de Carmen Segovia, en Madrid, en mayo de 2008¹² (pues fue a su entender) la vez que mejor ha toreado con la mano derecha en toda su vida». Dicho esto, a la altura de la temporada de 2016.

Para el mismo Fernández, Urdiales es un torero de «armonías», por cómo es en la vida y en su oficio: «con el cuerpo y los trapos; cerebro, corazón, muñecas acompasados en un gesto flexible y a la vez vertical, armonioso y firme, artístico y certero, litúrgico y lisérgico, humano, heroico». Un torero «de torería antigua», de toreo «de enjundia», de toreo «de cadencia», de «torear cariñoso», de «pellizco interior». Un torero «con el pensamiento puesto siempre en el toro». Para quien «torear es su vivir». Ángel María Fernández tiene la certeza tras la temporada de 2016, en la que siguió a Urdiales¹³, que «el

[12] Nos invita de manera indirecta a que visualicemos (tras obtener una copia) aquello que ocurrió.

[13] A lo largo de la novela *Los amigos*, hemos contado que Ángel María Fernández señala que Diego Urdiales en la temporada de 2016 toreó 24 corridas de toros, de enero a septiembre. El autor de la novela no le pudo ver en todas las plazas. Las tardes toreadas por Urdiales, por orden, fueron las siguientes: León (México), San Cristóbal (Venezuela), Guadalajara (México), Olivenza, Arnedo, Texcoco (México), Sevilla, Aguascalientes (México), Madrid (dos tardes en San

Urdiales siguiente estaba por llegar». *Paciencia y fe*, eran y son los lemas de Diego Urdiales. El libro de Fernández termina dejando la puerta abierta al definitivo triunfo del matador y de la propia tauromaquia. Y este sonado triunfo llegó, mientras todavía no se había publicado *Los amigos*, en la Feria de Otoño de 2018¹⁴. En la plaza de Madrid. En el templo del toreo. En donde por exigencia del público pueden surgir las obras definitivas del arte de la tauromaquia.

3. MADRID, FERIA DE OTOÑO DE 2018

Una de las mejores faenas que he visto en mi vida ha sido esta que realizó Diego Urdiales a un toro de la ganadería de Fuente Ymbro, de nombre Hurón. Fue el domingo 7 de octubre de 2018, alrededor de las siete de la tarde. La pude ver por internet, desde Taiwán, a las tres de la madrugada. No había otra forma de verla y de ese modo pudo ser. Internet fue reproduciendo en mi ordenador lo que grababan las cámaras de televisión. La vi sin interrupciones, un verdadero milagro. Fue un acontecimiento que me remitió a lo que yo había visto en la misma plaza de Las Ventas, en tardes mágicas, a mis toreros preferidos en años en los que acudía como acto religioso a los toros. El toreo rotundo, artístico, dominador, inspirado, lento, cadencioso y definitivo, de Diego Urdiales a ese toro, me recordó, con distancias y cerca-

Isidro), Haro, Istres (Francia), Pamplona, Mont de Marsans (Francia), Vitoria, San Sebastián, Béziers (Francia), Málaga, Bilbao, Calahorra, Bilbao, Dax (Francia) y Logroño (dos tardes).

[14] Apenas dos semanas antes, el 21 de septiembre de 2018, en la Feria de San Mateo de Logroño, el escritor y crítico taurino, José Suárez Inclán, me envió un mensaje donde adelantaba el cercano gran triunfo de Urdiales: «Me he vuelto a convertir al toreo. He visto a Urdiales. Todo hondo, hermoso, ligero. Gracioso sin cursilerías, alado y auténtico. Pura verdad, pura torería. Dueño del aire, ni una sola trampa. La tela justa y breve, encajado y templado, un milagro angélico de campo. Los adornos sutiles y profundos, sin alambiques ni rizos. El propio toro, un Vázquez serrano de Colmenar, estaba emocionado. Hervía la plaza. Un escándalo».

nías al toreo de Antoñete, de Manolo Vázquez, de Curro Romero, de Rafael de Paula, de Gregorio Tébar, de Curro Vázquez, de Frascuelo, de Antonio Sánchez Puerto, de Pepe Luis Vázquez, de Pepín Jiménez, de César Rincón y de Morante de la Puebla. De los últimos tiempos a El Cid, Paco Ureña, Pablo Aguado y Juan Ortega. Sé que faltan toreros y que se puede pensar que los hay mucho más importantes, pero uno siente lo que siente y no otra cosa.

Elijo pasajes de la crónica de mi amigo y extraordinario crítico, José Ramón Márquez, publicada el 8 de octubre de 2018, en el blog *Salmonetes ya no nos quedan*, para recrear la faena de Diego Urdiales al toro Hurón. Una faena que da la razón a la afición a los toros del torero de Arnedo y al amor por su tauromaquia del escritor Ángel María Fernández:

La soberana lección de toreo que hoy ha dictado en Las Ventas don Diego Urdiales, torero [...] porque hoy un señor de la provincia de Logroño ha explicado la verdad incorruptible del toreo [...] Diego Urdiales hoy ha toreado en Madrid [...] con toda la verdad por delante, con todo el cuerpo, dejándose el alma en cada uno de sus mulatazos, haciendo aquello que sólo está al alcance de muy pocos elegidos: torear. En esta fría tarde de otoño se han cortado en Madrid dos orejas de las de verdad, de las de Madrid, de las de peso [...] Hoy Diego Urdiales ha puesto la Plaza como un cazo de leche hirviendo de pañuelos blancos, consiguiendo la extraña unanimidad que a veces se da en Las Ventas, y ha dado una segunda vuelta al ruedo por aclamación popular, porque había que prolongar la emoción de lo que se había visto unos minutos antes, de la pura expresión de toreo que Diego Urdiales había enseñado con la más absoluta naturalidad, con la más elegante falta de afectación, con la asolerada torería de un

señor de cuarenta y tres años cuya alma hoy ha declinado en público todas las formas del verbo torear.

El único que vio al toro fue Urdiales, que es el que convenía que lo viese [...] Hurón era, digámoslo así, un toro más, al que después de una discreta pelea en varas y de cumplir en banderillas, pidió Urdiales que se lo llevasen hacia los terrenos del 4, pensábamos que con la idea de verse menos molestado con el viento que le había importunado bastante al riojano en el primero de la tarde. Comienza su faena doblándose con el toro y en seguida toma la derecha; al cite el toro se viene con prontitud y franqueza, muy fijo en el engaño, y ahí surge en esa primera serie, el primer prodigio en forma de un redondo larguísimo dado a cámara lenta y rematado perfectamente atrás al que el toro se entrega sin contemplaciones, ligado con otros más y uno por alto que nos ponen a cavilar sobre si el torero ha visto algo en el toro que nadie más había visto. A continuación se pasa el riojano la muleta a la izquierda y pone al toro en marcha citándole con un ayudado para, una vez con el toro en movimiento, dar tres naturales de cartel de toros, el medio pecho, la pata adelante, el toro toreadísimo y rematar de manera torerísima con otro ayudado por bajo, un molinete y un paso por alto. No se puede torear mejor. El mando en la muleta, la velocidad del pase dictada por el torero, la manera de quedarse en el sitio entre muletazo y muletazo, la naturalidad en la forma de estar frente al toro, la falta de cualquier brusquedad en la manera de plantear la serie, la improvisación y la alegría en el remate de la serie ponen unánimemente a la Plaza en pie ovacionando de manera sincera ese compendio de toreo que acaba de realizar Urdiales. La siguiente serie es también con la mano izquierda con iguales argumentos en cuanto a colocación y verdad. En esta serie el toro se para al salir del tercer muletazo y el riojano resuelve con cabeza, retirando la muleta y volviendo a plantear el cite sin enmendar la posición para dar un soberbio

pase natural, todo mando y temple, y finalizar con dos ayudados por bajo, una trinchera y uno del desprecio y recibir la asombrada, fervorosa, ovación de la cátedra. Vuelve a la mano derecha y hace correr al toro hacia un pase de trinchera y a continuación cuatro o cinco redondos de trazo firme y sin rectificar la posición, de nuevo el toro toreado girando alrededor del torero, que remata toreramente con un cambio de mano por detrás, un natural y un abaniqueo. A esas alturas se ve que es preciso matar al toro, que la faena, concisa e intensa, ya está hecha y que el toro ha sido exprimido de manera completa en las series que se han descrito, que no hace falta ya nada más. A continuación se va Urdiales a por el estoque de verdad y tras otra serie de naturales basados en los mismos argumentos de los anteriores pero con el toro más agotado, se lanza a cobrar una estocada entera y desprendida que acaba con la vida de Hurón. La faena se ha hecho por completo en el mismo sitio en el que se inició, en el que el matador eligió desde el inicio, donde mandó a los peones que le llevasen al toro y, sólo después de la estocada se rompe esa unidad de espacio cuando el toro cobardeando se empieza a ir hacia chiqueros, primeramente, y luego hasta la puerta de arrastre, seguido de manera torerísima por Urdiales y su cuadrilla hasta que al fin se desploma bellamente, tras de lo cual surge inmediatamente la petición más auténtica que hemos visto en Las Ventas en todo lo que llevamos de siglo XXI.

Hay muchos tipos de aficionados, todos muy respetables. Algunos necesitan alimentarse de lo que sea, de medianerías, de engañarse y pensar que ven cosas, espejismos del buen toreo, latón vendido como si fuese oro puro con lo que ir tirando tarde a tarde. Otros sólo esperamos que surja el toreo, que surja la emoción que viene desde adentro, la que te hace levantarte del asiento y batir las palmas como un resorte primitivo, como cuando se tiene sed y se bebe. No tenemos prisa, porque sabemos que es posible que una buena tarde de otoño

un señor de cuarenta y tres años vestido como un príncipe oriental, de azul pavo y oro, nos remueva todas las fibras, nos reencuentre con todo lo que nos hizo aficionados a esta pasión, nos recuerde que por más vulgaridad que tengamos frente a nosotros cada día, hay por ahí algunos que no renuncian a la esencia (esencia que tratan de denostar a diario tanto fenicio como hay por ahí con un micro y una pluma en la mano), a la pureza del cite, del mando, del temple, de la cargazón de la suerte, de la naturalidad. Hoy Diego Urdiales ha firmado en Madrid una de las mejores faenas que se han visto en Las Ventas en lo que va de siglo utilizando los argumentos del siglo pasado y del antepasado: la muleta en la izquierda, el estoque en la derecha y el corazón en medio. Si hubiese media docena de jóvenes que en vez de mirarse en el espejo de la vulgaridad de tantas tardes, en el engaño hortera de tantas figuritas de mazapán, se quisieran fijar y aprender de lo de hoy, lo mismo otro gallo nos cantarían.

La tarde dio para más, Chacón estuvo hecho un tío con el segundo, pero hoy sólo apetece hablar de Diego Urdiales.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez de Miranda, A. (1962). *Ritos y juegos del toro*. Madrid: Taurus.
- Cabrera Bonet, R. (2008). La corrida de toros en el siglo XXI. Un festejo intemporal con problemas actuales (pp. 42-52). Madrid: *Anuario Taurino de la Asociación de la Prensa de Madrid*.
- Calvo, C. (2020). Prólogo. En E. Andueza Lorenzo, *Los toros desde la izquierda*. Bilbao: Servisistem 2000 SL, pp. 7-11.
- Campos Cañizares, J. (2018a). Antoñete en Las Ventas en 1981. El torero de la verdad. En J. Campos Cañizares, *Toreo clásico contemporáneo* (pp. 183-253). Taichung: Ediciones Catay.
- Campos Cañizares, J. (2018b). El propósito del toreo en *La fábula de Domingo Ortega* y su contexto. En J. Campos Cañizares, *Toreo clásico contemporáneo* (pp. 355-381). Taichung: Ediciones Catay.
- Campos Cañizares, J. (2018c). Ernest Hemingway, innovador de la crónica taurina en *Fiesta* (1926). En J. Campos Cañizares, *Toreo clásico contemporáneo* (pp. 388-425). Taichung: Ediciones Catay.
- Campos Cañizares, J. (2020). Paco Ureña en Bilbao 2019. Una cumbre. *Encuentros en Catay*, 33, 467-501.
- Campos Cañizares, J. (Septiembre-octubre de 2020). Tradición, historia y antropología. *Minotauro*, 11, p. 2.
- Chaves Nogales, M. (1969). *Juan Belmonte, matador de toros: su vida y sus hazañas*. Madrid: Alianza Editorial.
- De Melgar y Abreu, B., marqués de San Juan de Piedras Albas. (2019). *Las fiestas de los toros. Un bosquejo histórico*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Real Maestranza de Caballería de Sevilla y Fundación de Estudios Taurinos (Colección Tauromaquias).
- Díaz-Cañabate, A. (1950). *La fabula de Domingo Ortega*. Madrid: Juan Valero.
- Fernández, A. M. (2020). *Los amigos*. Logroño: Los aciertos.

- Fernández, A. M. (2015). Tauromaquia para *british*: Eiffel, bailaor, artista. En Vvaa, *Diego Urdiales: retrato de pureza*. Madrid: Unomasuno Editores, p. 176.
- Fernández Tresguerres, A. (1993). *Los dioses olvidados*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.
- García-Mancha, P. (2015). Retrato de vida. En Vvaa, *Diego Urdiales: retrato de pureza*. Madrid: Unomasuno Editores, pp. 12-23.
- Laverón, J. (1988). *La tauromaquia de Antoñete, de los años negros al mito*. Madrid: Ediciones La idea.
- Márquez, J. R. (8 de octubre de 2018). Sublime Diego Urdiales con el *Hurón* de Fuente Ymbro y toda la verdad por delante. Blog *Salmonetes ya no nos quedan*.
- Ortega, D. (1950). *El arte del toreo*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1999). *Sobre la caza, los toros y el toreo*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- Pitt-Rivers, J. (2002). Antropología de la tauromaquia. Obra taurina completa de Julian Pitt-Rivers. *Revista de Estudios Taurinos*, 14-15.
- Royo, J. M. (2000). *La fiesta prohibida*. Barcelona: Áltera.
- Sureda Molina, G. (1978). *Tauromagia*. Madrid: Austral.
- Vidal, J. (19 de enero de 1987). La espada de Arnedo. *El País*.
- Vvaa. (2015). *Diego Urdiales: retrato de pureza*. Madrid: Unomasuno Editores.



Fotografía 1.- A la verónica. Fotografía de Javier Arroyo.



Fotografía 2.- Al natural en Madrid. Fotografía de Miguel Pérez-Aradros.



Fotografía 3.- Al natural ante Hurón de Fuente Ymbro en Madrid 7 de octubre de 2018. Fotografía de Andrew Moore.



Fotografía 4.- Al natural ante Hurón de Fuente Ymbro en Madrid 7 de octubre de 2018. Fotografía de Ana Escribano.